

CAPITULO XXVII.

El banquete.



ENIA Moctezuma en su palacio hábiles cocineros, que diariamente ofrecían á su gula hasta doscientos platos.

El emperador, ántes de comer, entraba en la repositaria, examinaba todos aquellos manjares y designaba los que habian de servirle.

Los demas eran repartidos entre todos los dignatarios y altos empleados del palacio y su servidumbre.

Ya habia llevado á cabo esta operacion, una de las que constituian su más importante ocupacion diaria, cuando regresaron á su palacio los príncipes con Hernan Cortés y los capitanes españoles.

El banquete con que queria obsequiar Moctezuma á Hernan Cortés, estaba dispuesto en uno de los salones más espaciosos de palacio.

Numerosas ventanas á uno y otro lado, ofrecian por horizonte jardines bellísimos.

En la parte principal de la habitacion, habia un tablado que se levantaba del suelo un pie á lo sumo, sobre el cual se colocaba una estera de fina palma, quedando de este modo convertido en mesa.

Sobre esta mesa se extendia un mantel de algodón blanco.

En otras partes de la habitacion habia varias mesas parecidas, en las que debian sentarse á comer los príncipes, los ca-

pitanes, los ministros de Moctezuma, las personas más allegadas á él.

Aunque tenia una numerosa familia, que habitaba toda en palacio, aquel dia, destinado el banquete á festejar á los extranjeros, fué como le llaman los europeos, un banquete oficial, al que solo asistieron hombres.

No entraron en las habitaciones más mujeres que las que en sus ricos vasos de oro de concha guarnecida de piedra, de oro cincelado, servian las bebidas, y entre ellas el sabroso pulque, especie de cerveza hecha con el fruto del maguey.

Apénas avisaron á Moctezuma la llegada de los extranjeros con los príncipes, éste salió á su encuentro.

Habia simpatizado tanto con Cortés, le inspiraba tal entusiasmo su valor, que entregándose con la vehemencia natural de su carácter al afecto que desde el primer momento despertó en su alma el caudillo de los extranjeros, se acostumbró tan pronto á él, que cuando no se hallaba en su presencia sentia un vacío en su corazón.

—Bien venido seais vos y vuestros valientes capitanes, dijo á Hernan Cortés, estrechando de nuevo su mano con efusion.

Los manjares más suculentos y escogidos os esperan.

Deseo festejaros; seguidme todos al salon del banquete.

Y abriendo paso los cortesanos y los guardias á la comitiva, llegaron todos á la habitacion donde debia celebrarse el festin.

Preciso es confesar que la impresion que habian recibido los españoles durante la visita que habian hecho á los monumentos y curiosidades de la poblacion, les habia fascinado por completo.

¿Cómo era posible que ellos hubieran llegado sanos y salvos, y no solo así, sino victoriosos y temidos hasta la ciudad que, no solo no tenia nada que envidiar á las que habian dejado en Eu-

ropa, sino que por su importancia y esplendor podía competir con las más encumbradas del Asia?

Moctezuma condujo hasta la mesa á Hernan Cortés, y le hizo sentarse al lado suyo.

Los príncipes se distribuyeron en la mesas próximas á los capitanes.

En las restantes ocuparon los puestos que les estaban destinados los ministros y nobles servidores del emperador.

—¿Qué os ha parecido mi ciudad? preguntó Moctezuma á Hernan Cortés.

—Digna morada de tan gran príncipe.

—¿No os ha sorprendido algo de cuanto habeis visto?

—En honor de la verdad, no se puede negar que hay esplendor y magnificencia en las plazas, en los monumentos, en todos los parajes que hemos visitado.

Pero nosotros hemos venido de un país en donde todas esas grandezas inspirarian más curiosidad que asombro.

Allí tenemos tambien magníficos palacios, templos cuyas torres se pierden en el espacio, jardines inmensos donde nacen toda clase de flores, y en cuanto á las armas y los trajes, ya podeis formaros una idea de lo que allí habrá, por lo que habeis visto en nosotros.

Sin aparentar soberbia, con la apariencia de la más sincera naturalidad, destruyó Hernan Cortés una de las esperanzas de Moctezuma.

No pudo ocultar el emperador el despecho que experimentó al oír á Hernan Cortés expresarse de aquel modo.

Variando de conversacion, dijo á uno de los muchos criados que aguardaban la menor indicacion suya para servirle.

—Que vengan mis bufones.

Volviéndose á Hernan Cortés.

—Llamo á esos hombres porque son los únicos que divirtiéndome con sus gracias, me hacen olvidar los pesares que sufro.

Poco despues se presentaron en el salon seis hombres de figura contrahecha, vestidos con extravagante ridiculez.

Llevaban el rostro, los brazos y las piernas, embadurnados con líneas de colores vivos, adornos que aumentaban su grotesco aspecto.

Miéntas que las criadas indias servian la mesa, Moctezuma, que era muy parco en las comidas, llamando á uno de los juglares, Cucolutcaeo:

—Ya sabes que te tengo concedida licencia para que hables de mí cuanto quieras, con tal de que me hagas reir, con tal de que arrojes la melancolía de mi alma.

Hoy deseo que aguces tu ingenio en presencia de mis huéspedes, que vienen de un país en donde nada sorprende, en donde los más hábiles de aquí pasarían allí por torpes y vulgares.

—Señor, dijo el juglar, si tanto admiras á los extranjeros, vas á hacerme creer que valgo más que tú.

Permíteme que empiece asegurándote que no hay ni puede haber un imperio más grande que el tuyo, dígalo quien lo diga.

Y si así no lo crees, he de decirte tales verdades que te avergüences de tí mismo.

Aunque Moctezuma estaba acostumbrado á oír impertinencias de los bufones, no pudieron ménos de irritarle las humillantes palabras que contra él profirió el juglar.

Pero como no le era dado defenderse con él, reprimió la ira, y con una sonrisa que no pasó de los labios, le dijo:

—Disponte á hacer juegos de habilidad delante de mis huéspedes.

Prepara chistes más sabrosos para despues, porque no quiero que te separes de mi lado, sin que hayas dicho alguna verdad.

El juglar conferenció con sus compañeros, y con su auxilio preparó varios objetos, con los que debían hacer juegos de manos para divertir á su señor y á los que le acompañaban en la mesa.

No sorprendió á Hernan Cortés la presencia de los bufones. Por entónces eran ya conocidos éstos en Europa.

Desempeñaban un papel muy importante en todas las córtes. Las indias continuaron escanciando las copas de los convidados.

Poco despues entraron algunas mujeres adornadas con túnicas cortas de algodón, con listas azules y blancas, con collares de coral, no solo en el cuello, sino en las muñecas y en los tobillos, y adornada la cabeza con una guirnalda de plumas y flores.

Llevaban en las manos braserillos de oro, en los que quemaban perfumes que embalsamaban el ambiente.

Cuatro jóvenes indias de quince años á lo sumo cada una, se acercaron al emperador, y otras cuatro á Hernan Cortés.

Con abanicos de plumas empezaron á hacerles aire.

Poco despues llegaron otras indias adornadas del mismo modo que las precedentes, con preciosos canastillos de mimbre en los que llevaban infinitas clases de sabrosas frutas.

Las que no queria el emperador para él ni para su huésped, pasaban á las demas mesas; y para terminar el banquete presentaron á los convidados grandes jícaras de chocolate.

Antes de tomar el chocolate escanciaron las indias los vasos de Moctezuma y de Hernan Cortés, y los dos brindaron.

El primero por el monarca de España y sus dignos embajadores.

El segundo por Moctezuma.

Terminado el banquete, ofrecieron los criados á los convidados, y particularmente á Moctezuma y á Hernan Cortés, unas pipas muy semejantes á las que se usan en Turquía, llenas de Tabaco, y suavizadas con resina de xochiocotzol, llamado vulgarmente liquidámbar.

Los mexicanos no tenian por vicio el fumar.

Al contrario, lo consideraban como un medicamento.

Con el zumo de la yerba que servia para suavizar el tabaco formaban los teopixques ó sacerdotes uno de los que usaban cuando tenian que perder la razon para celebrar entrevistas con el demonio.

CAPITULO XXVIII.

Un chiste de un bufon.

DISTRAJERON á los convidados los juegos y las habilidades de los bufones, y ya empezaba á oscurecer, cuando de pronto sorprendieron á los que estaban en la estancia del banquete las vistosas luminarias que instantáneamente aparecieron en los jardines adonde daban las ventanas de la estancia.

Acto continuo entraron los músicos en el salon.

Los instrumentos que éstos usaban eran frutas, caracoles marinos, tambores y unas bandurrias de cuello corto, que producía un ruido infernal.

Al compás de aquellos primitivos y disonantes instrumentos comenzaron á cantar los airecitos del país.

Referíanse estos á enlazar las hazañas de los antecesores de Moctezuma.

No se detenían en el orden cronológico al llegar al emperador Moctezuma.

Al contrario, demostrando que la adulacion es patrimonio de todos los países pel mundo, guardaban para él los relatos más exagerados y la admiracion más vehemente.

Hé aquí las estrofas con que regalaban el oido del monarca: «No hay en la tierra, no hay sér humano que no sea esclavo del gran Moctezuma.

«Corre por sus venas la sangre de innumerables héroes, y tiene por vasallos á más de treinta reyes.

«La sangre de los enemigos vencidos por su brazo bastaria á formar una laguna tan grande como aquella sobre la cual se sienta la noble ciudad de México.

«Así tiemblan ante él todas las naciones de la tierra, y le llaman con respeto Moctezuma. (1)

«¡Desgraciados de aquellos contra los cuales se levanta la justicia de Moctezuma!

«Es su justicia como el sol de los cielos, que alcanza igualmente á la ceiba gigante y al humilde mami, que apénas osa levantar sus humildes tallos de la tierra.

«El rayo de la tempestad es ménos rápido y temible que la cólera de Moctezuma.

«Su ira devora como el fuego, y su mirada severa paraliza la sangre de los culpables.

«Ningun mortal tiene bastante voz para cantar las glorias de Moctezuma.

«Sus hazañas se pierden en su misma multitud, y su grandeza anonada al que intenta describirla.

«¡Gloria á Moctezuma! ¡Moctezuma es el más grande y más poderoso monarca del mundo! ¡Gloria á Moctezuma!»

Los cánticos despertaron al emperador de su letargo.

—¡Sí, exclamó, gloria á los valerosos aztecas, gloria á los invencibles mexicanos! Nada en el mundo podrá destruir el imperio de México. ¡Será eterno como el sol y la luna!

Los príncipes gritaron en aquel instante:

—¡Viva Moctezuma!

Y todos los que asistian al banquete repetian el grito.

—¡Ah! exclamó Moctezuma, dirigiéndose á Hernan Cortés. No podeis figuraros cuánto deleita á mi alma el recuerdo de la guerra.

He nacido en los combates, me he criado en ellos, he disparado infinitas veces la flecha, he luchado brazo á brazo con in-

1 Moctezuma significa principe fiero.

numerables enemigos, he ensanchado palmo á palmo el territorio de mi imperio

Nada ha satisfecho la ansiedad de mi alma, nada ha embargado tanto mi imaginacion, nada me ha sonreido como el triunfo.

¿Qué es el amor? ¿Qué son las dulzuras de la vida de mi corte? ¿Qué los perfumes con que mis criados embalsaman el aire que respiro? ¿Qué los tesoros que poseo? ¿Qué las grandezas que me rodean?

La guerra, el olor de la sangre humeante, las privaciones, la sed, el hambre en los dias de lucha, todo esto es digno de un monarca y de un valiente guerrero. Todo esto me entusiasma, y mis músicos, al recordar las hazañas de mis antepasados, devuelven á mi sangre la fuerza que ha perdido en la molicie, devuelven á mi imaginacion la sed de gloria, dan á mi brazo toda la fuerza, toda la energía que necesita para empuñar el cetro del imperio más grande del mundo.

Hernan Cortés le miraba con curiosidad.

—Pláceme veros, dijo, de esa manera; vuestras palabras revelan que poseis un gran corazon. ¿Pero cuánto más valdria ese corazon, cuánto más nobles serian esos deseos que abriga vuestra alma, si pudierais como nosotros domar las fieras, someterlas á vuestra voluntad y pelear con ellas como nosotros?

Estas palabras, pronunciadas con intencion cruel por el caudillo de los españoles, que no queria á ningun precio aparecer inferior á Moctezuma, humillaron al emperador y le sumieron en profunda tristeza.

—Dejadme todos, exclamó, dejadme al lado mi leal amigo el capitán de los españoles.

Id, principes, id á los jardines y mostrad las luminarias á los capitanes, á quienes os he mandado festejar.

Todos obedecieron y los bufones iban á partir, cuando llamando á Cucalutxaco:

—Quédate, exclamó. Tú no eres solo juglar, añadió; lees en

el porvenir, puedes con la inteligencia rasgar el velo de lo futuro, y estás autorizado por mí para decirme la verdad.

¿Crees que las hazañas que aún me restan que hacer en el mundo serán superiores á las que he llevado á cabo en mi primera juventud?

¿Crees que aún sonreirá para mí la victoria muchas veces? ¿Tengo algunos enemigos poderosos?

—Sí, contestó el bufon; tu mayor enemigo es la vanidad.

Si logras dominarle, no aspiremos á conseguir triunfo mayor.

—Cuál es el porvenir que me está reservado? Habla.

—¿No has consultado á los dioses? ¿No te han dicho ellos lo que puedes esperar?

En vano será qua te opongas á sus designios; y como no podrás evitar el destino que te aguarda, lo mejor que puedes hacer es no aspirar á averiguarlo.

Un rayo no hubiera herido con más fuerza al emperador.

Pero apenas sintió la herida.

—Venid, ilustre amigo, venid dijo á Hernan Cortés, queriendo ocultar su emocion. Quiero que conozcais á los seres más queridos de mi corazon.

Los dos abandonaron el salon del banquete, y fueron por suntuosos corredores hasta uno de los extremos del edificio, donde estaban las habitaciones de la emperatriz Miazochil.

Al entrar el soberano en su estancia, jugaba la jóven india con las dos hijas de la primera esposa de Moctezuma, la orgullosa Maxaimazin, de diez y seis años la una y de quince la otra.

Dos niños más completaban aquel grupo.

Creemos llevado el momento de dar á conocer á los principales individuos de la familia del emperador de México.